

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 1 AÑO 1974

TEMA 2: ANÁLISIS DE SU OBRA EN GENERAL: MUSICÓLOGO,
DRAMATURGO, POLÍTICO...

TÍTULO: **LAS ASPIRACIONES REPUBLICANAS FRENTE A LA
MONARQUÍA**

AUTOR: *Richard Wagner*

**Texto completo del discurso pronunciado por Wagner el 14 de junio de
1848**

(Houston Stewart Chamberlain analizó este texto en las Bayreuther Blätter resaltando cinco puntos principales en los que se condensaban las opiniones de Wagner: oposición a la distribución comunista de la riqueza, creación de una milicia nacional, colonias, nacionalismo ... en el discurso no se ataca al Rey y solo en forma comedida a la monarquía, sin embargo Wagner tuvo que huir de Alemania a causa de este texto).

Aclaremos completamente esta cuestión y discutamos así, de una manera exacta, lo que constituye el objeto esencial de las aspiraciones republicanas.

¿Creeis seriamente que si queremos progresar de nuestro estado actual, hemos de prescindir de la monarquía y establecer inmediatamente una perfecta republica? ¿Creeis esto realmente, o quereis tan solo engañar a los pusilánimes? ¿Sois ignorantes o bien obráis de mala fe?

Yo os diré la finalidad de nuestros esfuerzos apellidados republicanos.

Nuestros esfuerzos para el bienestar de todos tienden a hacer conocer que las proclamadas gestas del pasado reciente no son un fin, sino tan solo un principio.

El fin que debemos tener siempre presente en nuestro espíritu es, en primer lugar, la desaparición del último rastro de la aristocracia; si nuestros nobles ya no son señores feudales que están facultados para esclavizarnos y oprimirnos como les plaza, entonces, para evitar todo disgusto, han de

renunciar al último vestigio de distinción el cual en un día agitado podría convertirse fácilmente para ellos en una ropa de Nessus que los consumiría hasta las huesos sino se la hubiesen sacado a tiempo. Si ellos recuerdan a sus antepasados y tienen como cosa impía el renunciar a los privilegios que han heredado de estos, también tienen que recordar que nosotros tenemos que recordar igualmente a nuestros antepasados, cuyas acciones, por buenas que fuesen no están perpetuadas en los archivos, pero cuyos sufrimientos, servidumbre, opresión y esclavización de toda forma no dejan de estar grabados en sangre en los anales incontrovertibles de la Historia de los últimos mil años.

Que los aristócratas olviden sus antepasados, que renuncien a todos los títulos y a toda clase de honores y nosotros les prometemos ser generosos y borrar por completo de nuestra memoria el recuerdo de nuestros antepasados, de tal manera que todos podamos devenir hijos de un solo padre y hermanos de una sola familia.

Que escuchen nuestro aviso y que lo cumplan contentos y de buen grado, porque es indispensable y Cristo ha dicho: "Si un miembro te molesta, debes amputarlo; pues es mejor para ti que uno de tus miembros sea extirpado, que no que todo tu cuerpo vaya a parar al infierno".

Otra cosa. Que renuncien para siempre al honor exclusivo de estar al lado del Monarca; que pidan a este que suprima todo el ingente montón de inútiles cortesanos, de honores y de privilegios que hacen actualmente de la corte objeto de general menosprecio. Basta de gentilhombres que de nuestro rey dicen "su Rey"; aligerémoslo de lacayos y uniformes, frívolas reminiscencias de una época de triste memoria en que todos los soberanos creían necesario imitar a Luis XIV. Que se aparten de esta corte espontáneamente, la corte de los fatuos indolentes de la nobleza, para que sea una corte de todo el pueblo contento y feliz donde cada fracción del pueblo pueda aclamar con alegría a su rey y decide que él es el primer hombre de una nación libre y venturosa. Por esto nosotros queremos que sea suprimida la Cámara Superior. No hay sino un pueblo, no un primero y segundo pueblo. y por tanto no puede y no debe haber más que una sola cámara de

Representantes. Que esta cámara sea un edificio noble y sencillo, una elevada cúpula sostenida por altos y firmes pilares.

Queremos, además de todo esto, que todo adulto natural del país tenga derecho incondicional de votar y ser elegido; por más pobre e indigente que sea, tanto más natural es su derecho a participar de la formación de las leyes que servirán para protegerlo contra la pobreza y la indigencia. Además, una de nuestras aspiraciones republicanas es la milicia nacional, no un ejército estable ni una guardia comunal acampada. Lo que teneis que preparar no es ni la reducción de aquel, ni un aumento de esta, sino una nueva institución, que paso a paso, constituyendo una fuerza viva, absorberá el Ejército y la Guardia Comunal para convertirse en una Milicia Nacional prácticamente organizada que destruya todas las castas. Si aquellos que hasta hoy habían vivido divididos en castas, desconfiados y enemigos unos de los otros, fueran definitivamente unidos en la única clase del pueblo libre, a la que pertenece todo cuanto es nacido en la amada tierra germánica, ¿creeis que habríamos llegado ya al fin? No; entonces es solo cuando tendríamos que comenzar. Entonces se tendría que tener presente de una forma resuelta y enérgica cual es la causa de toda la miseria de nuestra condición social presente: la cuestión es resolver si el hombre, el rey de la creación, con todas sus facultades intelectuales y con su enérgica actividad artística vive solamente para ser esclavo del vil metal, el más inútil e inanimado producto de la naturaleza.

Se ha de discutir si se puede reconocer en este metal acuñado la propiedad de hacer esclavo y tributario suyo al rey de la creación, a la imagen de Dios; si debe tolerarse al dinero el poder de degradar la libre y bella voluntad del hombre hasta las más bajas y repugnantes pasiones, la astucia, la usura, la estafa. Esta será la gran lucha liberadora de la humanidad sufriente y deshonrada; no costara una gota de sangre, ni una lagrima, ni tan solo una queja, basta simplemente con obtener una convicción, la convicción que se impondrá irresistiblemente en nuestro espíritu de que la más alta felicidad, el más perfecto bienestar de todo hombre se realizara cuando todos los seres vivientes que nuestra tierra pueda soportar se junten en comunidades rectamente organizadas, mediando sus múltiples facultades, en el intercambio de los productos de su trabajo, para enriquecerse y hacerse mutuamente

felices. Tenemos que reconocer que la condición más miserable de una comunidad humana es aquella en que los esfuerzos de sus individuos se encuentran decididamente oprimidos, en que las fuerzas existentes no pueden libremente moverse y plenamente aprovecharse mientras la tierra -esta es única condición- produzca suficiente para su propia nutrición. Tenemos que reconocer que la sociedad humana se conserva por la actividad de sus individuos y no por la pretendida actividad del dinero. Tenemos que afirmar con plena convicción este principio fundamental. Dios nos iluminara de tal suerte que podremos encontrar la verdadera ley por la cual este principio fundamental será introducido en la vida, y esta demoniaca concepción del dinero, con toda su cola de usuras secretas, de estafas y especulaciones bancarias, desaparecerá de nuestros ojos como un horrible druida nocturno. Entonces tendrá lugar la completa emancipación de la raza humana, el cumplimiento de la pura doctrina de Cristo, tan envidiosamente oculta bajo pomposos dogmas inventados para sujetar el mundo rudo de barbaros inocentes y para preparar una evolución hacia cuya plenitud de desarrollarse nos acercamos ahora con clara conciencia. ¿Notais en todo esto un aire de comunismo? ¿Sois tan locos o mal intencionados para declarar que la necesaria liberación de la raza humana ha de venir de la envilecedora y desmoralizadora servidumbre a la más vulgar materia, lo que entrañaría en si el cumplimiento de la vulgar y absurda doctrina del comunismo? ¿No querreis comprender que en esta doctrina de la división matemáticamente igual de los bienes y de las ganancias no existe más que una insensata tentativa de resolver la cuestión, indudablemente sentida, que en su absoluta imposibilidad de realización condena por sí mismo al abortamiento? Pero ¿querreis consecuentemente difamar el trabajo mismo como inadmisibile y absurdo, a causa de que esta doctrina lo sea en efecto? Reparar en vosotros mismos. El hecho de treinta y tres años de paz imperturbada os muestra la sociedad humana en tal estado de corrupción y depauperismo que al fin de estos años se levanta delante nuestro la escuálida silueta del hambre en su forma más horrible. Tenedlo en cuenta antes de que sea demasiado tarde. No prodigueis limosnas, pero reconoced la justicia y los derechos de la humanidad fundados por Dios mismo, sino día vendrá en que la Naturaleza, tan insensatamente mofada, se armara para

lanzarse a una lucha implacable, en la cual el grito jubiloso de la victoria sería el verdadero comunismo que, si llegara a arraigar e imponer su dominio aunque fuera por el brevísimo tiempo, pero ya bastante largo bajo este respecto, llegaría también a exterminar por siglos enteros, sin dejar rastro, la obra de dos mil años de civilización. ¿Pensais, tal vez, que yo amenazo? ¡No, yo advierto!

Si llegais algún día, pues, con vuestros esfuerzos republicanos a resolver esta cuestión, la más importante de todas para la prosperidad y felicidad de un Estado Político y si algún día somos dignificados con los derechos de un pueblo libre, habremos llegado entonces a la cima de nuestras aspiraciones efectivas?. ¡No! Entonces es solo cuando verdaderamente tendríamos que empezar. Si llegamos un día a la completa regeneración de la sociedad humana para la solución legislativa del problema de la emancipación; si aparece una raza nueva y libre, apta para ejercer en todas partes su actividad; solamente entonces habremos obtenido la fuerza para emprender la solución de los más altos problemas de la civilización, es decir, su propagación y demostración. Entonces navegaremos mar adentro para fundar una nueva Germania y sembrarla con los productos de nuestras luchas y de nuestros esfuerzos, para engendrar y nutrir los más nobles hijos a semblanza divina; haremos cualquier cosa mejor que los españoles que convirtieron el nuevo mundo en un objeto clerical, o que los ingleses que lo hicieron servir de almacén de droguería. Nos hace falta que sea germano y glorioso, desde el amanecer hasta el alba el sol brillara sobre la bella y libre Germania y, así como en la madre patria, tampoco deberá existir en sus tierras afiliadas ningún pueblo castigado o esclavo; los rayos de libertad y generosidad germánica robustecerán y transformaran al cosaco y al francés, al chino y al australiano. Vereis como nuestros esfuerzos republicanos no tienen fin ni punto de parada; sin traba aspiraran de siglo en siglo a realizar la felicidad de toda la gran raza humana. ¿Es esto un sueño, es una utopía? Lo será en efecto si empezamos con poca fe y espíritu mezquino a examinar esto y disputar aquello; no lo será si obramos alegremente y con coraje y si cada día nos ven avanzar un nuevo paso hacia el ideal.

Mas ahora me preguntareis: ¿es que esto se puede conseguir con la monarquía? No he perdido de vista un instante la conservación de ésta; si vosotros lo considerais imposible entonces sois vosotros mismos los que pronunciais su sentencia de muerte. En cambio si, como yo lo considerais más que posible, entonces llegaría justificada una republica y solo tendríamos que pedir que el Rey mismo se convirtiera en el primero y más genuino republicano. ¿Quién más que el Monarca mismo es llamado a ser el más fiel y leal republicano? Res pública significa cosa del pueblo: ¿Que individuo más que el monarca está designado a consagrar al pueblo todos sus sentimientos? ¿Qué podría hacerlo rebajarse a pertenecer solo a una pequeña parte del pueblo estando ya convencido de su propia vocación? Cada uno de nosotros puede sentir tan intensamente como pueda los más fervientes impulsos al bien universal, pero nunca ninguno de nosotros podrá convertirse en tan puro republicano como el monarca, a causa de que éste no divide nunca sus afanes, sino que los debe a la totalidad, mientras que cada uno de nosotros debe repartir cada día sistemáticamente sus propios afanes. Y ¿en qué consistiría el sacrificio que debe hacer el monarca para corresponder a su sublime misión? ¿No consistiría todo su sacrificio en contemplar a su alrededor ciudadanos libres en vez de súbditos? Nuestras leyes han abolido esta distinción imaginaria y el que ha sancionado estas leyes cumple el espíritu suyo tal fielmente que la declaración del término de toda sujeción no le parecería ya más un sacrificio. ¿Sería para el realmente un sacrificio repeler el último vestigio de la vana ostentación de su corte, con sus honores, títulos y ordenes? En cuan poca estima tendríamos al más leal y sencillo monarca de nuestro tiempo, si consideráramos como un sacrificio el cumplimiento de un tal deseo, tan acertado que nosotros podríamos considerar que el comportaría un verdadero sacrificio de buen grado en el caso de que sencillamente conociese que por este medio se apartaría todo obstáculo para la libre efusión del amor al pueblo.

¿Qué razón tenemos para escudriñar en la intimidad del corazón de este monarca excepcional y expresar nuestro juicio respecto a él y, ya que nosotros no nos consideramos con bastante sentido para hacerlo con muchos de nuestros semejantes? Este es el espíritu de nuestra época; este es el nunca visto estado de cosas tal como en el presente se manifiestan, quien dota al

alma más sencilla con la visión de un profeta. Existe el impulso a tomar una decisión; hay dos campos que dividen las naciones civilizadas de Europa: ¡En uno se oye el grito de República, en el otro el grito de Monarquía! ¿Negareis que actualmente es cuestión de decidirse, que en esto está comprendido y contenido lo que agita la sociedad humana en sus motivos más conocidos? ¿Querreis comprender el espíritu divinamente inspirado de nuestra época, y afirmar que todo esto ya ha estado y que tan pronto como haya pasado el paroxismo que lo embriagaba volverán las cosas a su estado primitivo? En este caso Dios nos habría impuesto el castigo de una guerra eterna: No, en la época presente reconocemos también la necesidad de una decisión. Lo falso no puede subsistir, y la monarquía -o sea, el dominio de uno solo- es falsa: ha llegado a serlo debido al constitucionalismo.

Ahora bien: aquel que desespera de toda reconciliación, que se lance valeroso y resuelto en los brazos de la república; el que aun espera que fije atentamente sus ojos por última vez en los líderes del presente estado de cosas. El comprende que si debiese dar la batalla a la Monarquía, solo en casos excepcionales es contra la persona del soberano, pero siempre contra el partido que vanidosa y egoístamente levanta a aquel encima de su escudo; bajo la sombra del cual lucha para su propio provecho y su propia vanidad. Este es el partido que ha de ser vencido. ¿La batalla tendrá que ser sangrienta? Así tendrá que ser y herirá de muerte a la vez al partido y a la monarquía si no existe un último medio de reconciliación. Pero nosotros creemos que este medio se halla en la persona del monarca, en su persona misma; si él es el genuino y libre padre de su pueblo, puede con una sola y noble decisión asegurar la paz allá donde, de otro modo, es inevitable la guerra. Tomemos un monarca de cualquier trono europeo que haya sido elegido por Dios para cumplir obra tan noble. ¿Que encontramos? Una raza fatua, fundamentalmente degradada, incapaz de toda misión elevada. ¿Que nos ofrecen España, Portugal, Nápoles? ¡Qué pena sentimos cuando contemplamos las tierras germánicas de Hannover, Hesse, Baviera! Dios ha pronunciado sentencia contra los malos y contra los débiles: su debilidad se extiende de un ser a otro.

Apartemos los ojos del extranjero y miremos nuestra propia tierra: veremos un soberano que es estimado por su pueblo, y no por razón de fidelidad a la herencia de sus antepasados. No, es por puro amor a él, a su persona. Lo queremos por lo que él es, por sus virtudes, por su honradez, por su simpatía, por su bondad. Ahora, con todo el corazón yo grito fuerte y contento: Este es el hombre de la providencia.

Si Prusia desea conservar la monarquía es por razón de supremacía; vana concepción que pronto se desvanecerá. Si Austria desea conservar su monarca es porque sabe que tan solo su dinastía puede mantener unida una masa incongruente de pueblos de intereses contrapuestos, un estado de cosas imposible, que pronto caerá por el suelo. Si los sajones, por otro lado, desean la monarquía, es por puro amor a su soberano, por la feliz conciencia de poder llamar suyo a este, el mejor de todos. No es este el caso de una fría concepción diplomática, sino que es la fervorosa convicción del amor. Y este amor decidirá; y no solamente para el presente puede decidir, sino también para siempre. Imbuido de este inexpresable y trascendental pensamiento, yo grito con el entusiasmo más decidido: somos republicanos. Nosotros por las conquistas de nuestro presente, estamos cerca del establecimiento de una Republica; pero toda forma de peligros envuelven este nombre; que sean deshechos con una sola palabra de nuestro monarca. No deseamos ser nosotros los que tengamos que llamar a la Republica. No, sino que aquel, el soberano más noble, el rey más digno exclame: Yo declaro estado libre a Sajonia.

Que la primera ley de este estado libre, donde la más bella seguridad de su conservación, sea: El Supremo poder ejecutivo reside en la Casa Real de Wettin y será hereditario por derecho de primogenitura.

El juramento que nosotros prestamos en este Estado y con esta ley no será nunca roto, no porque nosotros lo hayamos jurado (cuantos juramentos se prestan en el irreflexivo entusiasmo de un ceremonial sino por efecto de que con esta declaración, con esta ley comenzara una nueva era de eterna prosperidad no solamente para Sajonia -no, sino también para Alemania y para Europa-, en virtud de la más beneficiosa y decisiva influencia. El que proclama

esto con entusiasmo y coraje, cree lleno de fe indestructible ser hoy más que nunca fiel al juramento que ha hecho a este mismo rey.

Empero ¿sería la caída de la Monarquía el resultado de todo esto? Sí, pero también sería proclamada la emancipación de la realeza. No os engañéis, vosotros que quereis vuestra Monarquía constitucional sobre la más amplia base democrática. Vosotros, en lo que se refiere a la base democrática o bien vais de mala fe o, si es posible que seais sinceros, torturais con una muerte lenta esta monarquía conservada artificialmente por vosotros. Cada paso adelante en esta base democrática es una nueva violencia al poder del monarca, es decir, del soberano absoluto. El propio principio constitucional es la más absoluta mofa de la monarquía, que solamente puede ser concebida como absoluta. Cada paso adelante en el constitucionalismo es una humillación para el soberano, porque es una declaración de falta de confianza para con el monarca. ¿Cómo podrían prosperar el amor y la confianza en esta lucha constante tan indignamente explotada por dos principios completamente opuestos? La afrenta y la humillación amargan la existencia del monarca; librémoslo de esta miserable existencia a medias; acabemos con la monarquía pues el absolutismo es imposible por efecto de la soberanía del pueblo; emancipemos la monarquía en su sentido regio más propio y completo. Al fin de un Estado libre (Republica) el Rey hereditario será exactamente lo que, de acuerdo con su más noble significación es necesario que sea: el primero de su pueblo, el más libre de los libres. ¿No sería ello la más bella interpretación germánica de las palabras de Cristo: "El más alto de vosotros debe ser servidor de todos"? Pues, sirviendo a la libertad de todos, el exalta el concepto de la libertad a la más alta y divina conciencia.

Cuanto más examinemos la historia germánica, los orígenes y significación de la Monarquía, más firmemente nos convenceremos de que esta nueva idea no es en realidad más que una restauración; el curso de la evolución de la historia de la Monarquía al volver a su punto de partida llegará a su fin y así reconoceremos que su más exagerada desviación es el "monarquismo", está extraña concepción anti-germánica. ¿Sera pues necesario recoger firmas para una petición donde expongamos nuestros fervientes deseos? Yo estoy convencido de que miles y miles firmarían, con la

satisfacción de que su deseo produciría una reconciliación de todos los partidos enemigos, o al menos de todos aquellos que son sinceros. Pero solo Una firma es la que se necesita: la de nuestro bien-amado monarca, al cual deseamos desde el fondo de nuestro corazón un futuro más venturoso y una posición más dichosa que las que hasta el presente le han tocado en suerte.